Solemnidad. La Ascensión del Señor

La Ascensión

Padre Pedrojosé Ynaraja

La vida cristiana comunitaria está vertebrada por el Año Litúrgico. Es algo así como la columna vertebral de la vitalidad eclesial. Ahora bien, mis queridos jóvenes lectores, vosotros, los que estudiáis o habéis estudiado ciencias, sabéis que, en la clasificación de los seres vivientes, nosotros los humanos, aparecemos como cordados, una peculiaridad que determina muchos de nuestros quehaceres y posibilidades, aparte de que su lesión acarrea graves consecuencias. Pero no por ello nos sentimos maniatados u obsesionados por las vértebras. De una persona se dice que es espontanea, simpática, lista, atractiva, etc. Piensa, habla, aprende, ayuda, sin pensar, generalmente, en su espina dorsal. Difícilmente elogiaremos a alguien, por la buena calcificación de su esqueleto.

Como me ocurre tantas veces, me he ido por las ramas. Perdonádmelo. ¡Era tan senillo haberos dicho que, pese al tiempo litúrgico, uno puede contemplar y aprender de la vida del Maestro en cualquiera de sus momentos!ue El Año Litúrgico sigue la vida histórica del Señor Jesús. Nacimiento, vida familiar y social, mal llamada oculta, periodo evangelizador y apostólico, pasión, muerte redentora y resurrección. El epílogo es el episodio de la subida a los cielos. Vaya por delante que este vocabulario, el que se utiliza comúnmente y el de la misma Revelación, está condicionado por la visión del cosmos que tenía la gente del tiempo de la redacción del texto. Hoy sabemos que la tierra no es plana, que estamos sumergidos en un conjunto de astros, pero que hay muchos más y que, por más que nos podamos alejar de la corteza terrestre, nunca podríamos encontrarnos con Jesús, porque Él existe libre de las ataduras del espacio y del tiempo.

Que haya desaparecido físicamente del planeta, real y sacramentalmente no, y se haya liberado de estas ataduras, significa que no podremos tocarle, ni tener contacto sensorial alguno. Tampoco establecer un diálogo de intercambio ideológico, a la manera del que se pueda tener con un sicólogo o siquiatra, en este nivel de la personalidad tampoco habrá contacto. En el tercer nivel, aquel que supera, pero está próximo al de la intuición, el de la oración, el del Amor-Caridad, el contemplativo, el que está dispuesto a recibir la Gracia y dejarse impregnar por ella, en ese nivel, sí que podemos encontrarnos con el Señor. Conocer su vida histórica es muy interesante. Reflexionar sobre su doctrina y lo que implica en nuestra vida, puede ayudar a mejorar nuestro comportamiento. Pero lo determinante, es estar convencido de que existe y de que es comunicable. Sólo si

nos desprendemos de los niveles inferiores, seremos capaces de establecer esta comunicación. Reconozco que este nivel, para muchos, les es desconocido, de aquí que lamente la valoración excesiva que se da a ciertos triunfos deportivos. Recientemente, al observar por TV rostros pintarrajeados, expresiones emotivas de gran gozo, gritos histéricos, por la victoria de un equipo, me preguntaba tristemente: ¿Cómo podrán estas personas gozar de la amistad del Señor? Y los triunfos de este género no perduran, ni salvan, mientras que el Amor de Dios es eterno y sacia de felicidad, si uno es receptivo a Él. Era sólo un ejemplo, en otros terrenos, en el político o el musical, por citar ejemplos al uso, ocurre igual Vosotros habréis experimentado, seguramente más veces que yo, que vuestro teléfono móvil, en algunas ocasiones, no tiene cobertura o que están saturadas las líneas de trasmisión celular, pese a que os encontréis próximos a un repetidor. Vuestro terminal puede tener deficiencias debidas a que se ha desgastado la batería o dañado condensadores o semiconductores, podéis saber el porqué de la incapacidad, pero no por ello lograr comunicaros con aquel a quien queréis decir algo. Con Dios nunca ocurre así, pese a que nos parezca lo contrario. Orar siempre implica gusto por el riesgo espiritual, pero, si uno confía, el éxito es seguro. No ignoro lo difícil que resulta, en ocasiones la confianza.

He oído a más de uno lamentarse de no tener dinero ni para comprarse un móvil, ni siquiera para llamar desde una cabina. Si se trata de la comunicación con Dios, no es preciso nada de esto. No está mediatizado por artilugio alguno. Al Señor se le encuentra en lo más oculto de nuestro interior, allí donde reposa el silencio espiritual y donde se guarda el tesoro de la afortunada soledad profunda. Por mucho que se investigue en el ADN humano, no se encontrará el gen peculiar de la Trascendencia. Y es este elevado nivel, el principal factor que nos diferencia de los animales, por muy superiores que sean.

¿Os dais cuenta, mis queridos jóvenes lectores, de la suerte que tenemos los humanos y de la dicha que nos proporciona la Gracia? Yo no sé si os han gustado mis disquisiciones, cada uno tiene sus preferencias y varían sus entendederas, pero mis palabras pretendían explicaros en lenguaje de hoy, lo que con mucho acierto dice San Pablo a los ciudadanos de Éfeso. Otros años os he contado como es el lugar donde se sitúa el hecho contado en la primera lectura, hace pocos meses que lo he vuelto a visitar, pero he preferido esta vez no repetirme.

Ahora sólo os falta hundiros en la contemplación del misterio, empaparos cuanto podáis de su esencia y aprovechar todas las ocasiones que tengáis, para contagiarlo a los demás. Acabo con una recomendación que he repetido a muchos: pon tú la disposición y Dios te dará la ocasión. Habréis cumplido con el último deseo de Jesús, tal como nos lo trasmite el evangelio de Mateo, que leemos en la misa de este domingo.

Padre Pedrojosé Ynaraja